

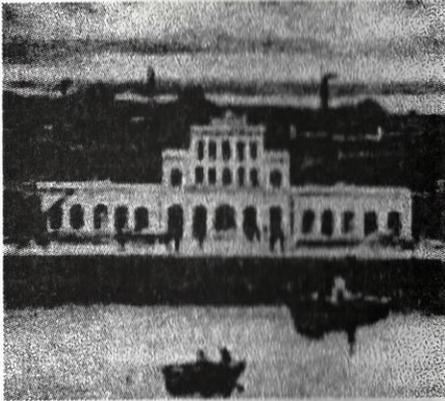
MANERAS DE COMPRENDER: SOCIEDAD GLOBAL Y SOCIEDAD RED

Gerardo Morales

Maestría en Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional

INTRODUCCIÓN

En los últimos años hemos sido testigos de un dramático desplazamiento de sistemas conceptuales y la emergencia de otros como consecuencia de cambios en procesos, relaciones y estructuras sociales. La búsqueda de nuevos referentes teóricos y de nuevas maneras de abordar lo social nos indica que estamos ante una verdadera "crisis de percepción" que nos obliga a revisar categorías y conceptos. Hoy por hoy hemos tomado como ya antes, conceptos de las ciencias exactas o de la naturaleza, para designar procesos complejos. La teoría del caos, la teoría de la complejidad, la cibernética, la biología, la física cuántica, etc., aportan a las ciencias sociales herramientas conceptuales que prometen romper con la inflexibilidad de las teorías estancas y con los denominados conceptos-ladrillo. Esto significa, a nuestro juicio, que nuestros mapas conceptuales se están modificando, como consecuencia de un cambio profundo de los territorios que representan.



Se trata entonces de un cambio de doble vía: por un lado del objeto-proceso y por otro de los sistemas representacionales. Desde esta perspectiva, tanto Castells como Ianni, connotados pensadores sociales, nos ofrecen nuevas categorías para entrar/a y salir/de, los nuevos territorios. En este trabajo deseamos señalar algunas consecuencias culturales de esta nueva situación, en particular, el impacto que algunos conceptos tienen en nuestra "imagen del mundo". Así, tanto la categoría de sociedad global, como la de sociedad red, que aparecen como categorías de totalidad, implican una redefinición de otras categorías menos inclusivas, particulares, como cultura nacional, identidad nacional, estado-nación, sociedad nacional, soberanía, etc. y, por tanto, de nuestra relación perceptual con procesos, relaciones y estructuras económicos, sociales y culturales.

1) LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL NUEVO CONTEXTO DE RELACIONES

Como apunta Octavio Ianni "el objeto de estudio de las ciencias sociales ya no es sólo la sociedad nacional o el individuo ubicado en esta sociedad, ni son tan sólo

actores sociales, relaciones, procesos y estructuras inherentes a los modos de ser, organizarse y modificarse de la sociedad nacional" (Ianni, 1998,113). A partir de un cierto momento la "sociedad nacional", en cuyo seno se configuraron muchos de los conceptos y categorías dominantes en el discurso de las ciencias sociales, es desplazada, o mejor, subsumida por otra formación social y simbólica: la sociedad global o la sociedad red. Este desplazamiento histórico, como lo señala el mismo Ianni implica, además de la reconfiguración de las relaciones sociales, problemas de naturaleza epistemológica y antológica (ibídem, 117). "La realidad social —apunta Ianni— y la historia de las sociedades, naciones y continentes plantean problemas científicos para los que los *conceptos, las categorías, las leyes, o interpretaciones disponibles parecen insuficientes*".

Las controversias sobre micro y macroteorías, vías de manera exclusiva o en sus posibles componentes son atropelladas por los problemas de amplia envergadura planteados por la sociedad internacional, mundial, global. Poco a poco los debates sobre individualismo metodológico y holismo metodológico se enfrentan con las dimensiones nacionales, internacionales, mundiales o propiamente globales de las relaciones, procesos, y estructuras. Así, cambian y se complican los dilemas de las ciencias sociales; individuo y sociedad, grupos y clases sociales, movimientos sociales y partidos, sociedad y poder, economía y sociedad, cultura y vida social, pueblo y ciudadanía, sumisión y soberanía, autoritarismo y democracia. "(...) En este sentido las transformaciones que ocurren en la realidad social, a escala mundial, no se limitan a alteraciones relativas al objeto de las ciencias sociales". (Ianni, 113). Se trata, consecuentemente, de transformaciones en los sistemas mismos de comprensión, en las hermenéuticas más o menos consolidadas, en el conjunto de teorías y enfoques con las y los cuales se pretendió captar las especificidades de los procesos históricos, sociales y culturales.

Las ciencias sociales, como disciplinas o como transdisciplinas, con la emergencia de los nuevos contextos

de relación, se ven profundamente afectadas en sus enfoques y redes conceptuales, y obligadas a incorporar en sus dominios de análisis nuevos procesos, relaciones y actores. Así, categorías como "sociedad red", "espacio de los flujos", "espacio de los lugares", "tiempo atemporal", "cultura de virtualidad real", "videocultura", "homo videns", "simultaneidad", "inmediatez", "compresión del tiempo", "tiempo real", "globalismo", "globalización", etc. (Castells, Sartori, Touraine, Beck) se instalan progresivamente en el discurso emergente, expresión él mismo de las profundas transformaciones de la sociedad moderna contemporánea. Viejas categorías, otrora asumidas como mapas exactos de un territorio más o menos conocido, son ahora descartadas y cuestionadas. En su lugar aparecen otras nuevas que "tenían, a su vez, captar la movilidad, fluencia, contradictoriedad de las nuevas escenas de la vida social, con la particularidad de que estas nuevas categorías o conceptos intentan ser categorías o conceptos-movimiento, pertenecientes a teorías-red en tanto los procesos que se pretenden captar están signados por la paradoja, la velocidad y la simultaneidad; por la interconectividad y reversibilidad. En esta nueva situación las teorías más o menos fragmentadas, estancas, unidisciplinarias empiezan de nuevo a dar paso a planteamientos "holísticos" al constatar que las disciplinas tradicionales, autorreferidas, son insuficientes para comprender y explicar la interconectividad de los macroprocesos.

Surgen así los enfoques transdisciplinarios que organizan sus sistemas categoriales y conceptuales en forma de redes. Se empieza así a hablar de "disciplinas híbridas", "abiertas" y de "transdisciplinas" que operan sobre tramas de complejidad y diferenciación creciente (Vilar, 1997).

Las nuevas teorías y conceptos-red implican entonces una redefinición profunda de la manera de ver y comprender los nuevos contextos, de relación, con la cual se puede afirmar que estamos también ante una ruptura epistemológica que reacomoda o redefine nuestra imagen de la realidad y el mundo social. C.S. Lewis documentó,

hace bastante tiempo, el proceso de afirmación de un "modelo del mundo" medieval, y cómo éste, al ser socializado e internalizado, determinaba el comportamiento de las personas, sus sistemas de selección y discriminación culturales (C.S. Lewis, s.f.). Algo parecido está sucediendo ahora. Una verdadera "crisis de percepción" (Capra, 1985) nos obliga a repensar los sistemas categoriales y las imágenes tradicionales de nuestra vida y mundo cotidianos. Una crisis de percepción que expresa cambios profundos de las sociedades en su proceso histórico. La situación señalada confirma algo relativamente conocido: que los cambios de las sociedades, de sus estructuras y relaciones, conlleva un cambio cultural; de los imaginarios y esquemas de interpretación. Es decir, que efectivamente las palabras, conceptos y categorías expresan el movimiento de las cosas aunque no se confundan con ellas. O, con otros términos, que a un cambio de territorio corresponde necesariamente un cambio de referentes cartográficos, de medios de localización.

La reconceptualización en marcha, cuyo proceso ocupa a una buena parte de la intelectualidad contemporánea, es tan intensa que muchos pensadores han optado por establecer una especie de frontera-límite con el prefijo pos, para indicar la ruptura, el punto de viraje que separa una época de otra. Así, de buenas a primeras, tenemos ahora: posmodernismo, posmodernidad, posindustrial, posmaterialismo, poscapitalismo, pospolítica, poscultura, poshistoria, que indican vagamente que hay algo, más allá de lo hasta ahora conocido, pero que todavía no se vislumbra con la suficiente claridad como para nombrarlo en forma definitiva. Octavio Paz hubiera preferido utilizar, en vez de "postmodernidad", por ejemplo, el término "ultramodernidad", que indicaría según él "una modernidad todavía más moderna que la de ayer" (Paz, 1990, 51). Como él, otros autores intentan nominar la nueva realidad que para algunos no es tan nueva como parece. Pero la batalla de la nominación está en su apogeo, e indica, ciertamente, que se está ante una situación particular: ante algo más que un simple proceso de cambio; una situación de "cambio de época" y no sólo en una "época de cambios". El cambio de época implicaría como bien lo señala

Castells, la emergencia de un "nuevo modo de desarrollo" y de una nueva "sociedad y cultura".

La nueva época, asumida por algunos teóricos marxistas como una fase del capitalismo tardío o multinacional (Jameson, Mandel...) conlleva cambios profundos en las "lógicas culturales" con la consecuente afirmación de nuevos "dominantes culturales" y de nuevas "estructuras de sensibilidad" como lo es el posmodernismo. En este contexto, de "alteración del objeto de las ciencias sociales" tiene lugar la emergencia de nuevos conceptos y categorías, particulares y generales, que reorientan los debates sobre la naturaleza de la sociedad y de los saberes que intentan comprenderla, es decir, de "nuevas lógicas de comprensión". La intensa lucha por establecer un nuevo lenguaje estándar en las ciencias sociales, un nuevo paradigma lingüístico, que dé razón de las múltiples nuevas situaciones y tensiones en el seno de las sociedades contemporáneas, expresa, indudablemente, el deseo de establecer cierto lenguaje común para la exploración del nuevo territorio.

En esta coyuntura de cambio de doble vía, de transformación del objeto-proceso y de la representación, ubicamos los intentos recientes por establecer nuevos conceptos o categorías que aprehendan la naturaleza de los procesos y rupturas, las tendencias y características de la convergencia histórica. Por un lado el pasado reciente, caracterizado por el uso de categorías particulares y específicas orientadas a dar cuenta de situaciones más o menos locales y territoriales como la sociedad nacional, el estado-nación, las clases sociales, etc. Por otro, el momento presente, caracterizado por la emergencia de conceptos y categorías de totalidad orientadas a dar cuenta de procesos de desestructuración, de deconstrucción de lo definido. Sistemas conceptuales que intentan apostar a nuevos referentes de totalidad que expliquen la interconectividad de los procesos. Así, surgen categorías como sociedad global o sociedad red, que intentan invertir la lógica precedente. Es decir, si antes las ciencias sociales daban primacía al estado-nación, y por correspondencia a las culturas nacionales, ahora la situación es a la inversa:

el referente es la sociedad global o la sociedad red, es decir, la totalidad y no la particularidad. Ni la tribu, ni la etnia, ni la nación, ni el estado se asumen ahora como entidades primarias, ni tampoco a partir de ellas se reflexiona lo global. Al contrario, a partir de lo global es que se piensa y desestructura lo local, lo particular. Se impone así una nueva terminología que da cuenta de la nueva inversión. Hablamos ahora de "espacio de los flujos" para contraponerlo al "espacio de los lugares", o de "tiempo atemporal" para contraponerlo al "tiempo del reloj". Pero también hablamos de "desenclave" (Giddens, 1995, 30) o "desterritorialización" (Lanni, 58) para indicar la redefinición del horizonte de referencia. No son lugares ni espacios concretos lo que tenemos ahora ante nosotros, ubicables en un territorio o en un mapa, sino realidades virtuales, hologramas que sobrevuelan los territorios o que se introducen en las habitaciones como iconos masmediáticos. Se trata de un nuevo marco referencial y conceptual que desafía la vieja relación entre territorio y mapa. Con razón las ciencias sociales intentan construir nuevas rutas de acceso para reconocer un territorio que, si bien mantiene cierta continuidad, contiene, sin embargo, profundas discontinuidades que alteran la imagen misma de la vida de todos los días.

La nueva primacía de la totalidad no implica, se dice, la abolición de la localidad, de la particularidad, pero lo cierto es que el argumento fuerte de pertenencia se ha desplazado. La totalidad global impone su lógica y desde ella se piensa ahora las relaciones, los procesos y las estructuras. Desde ella se piensan las culturas, los géneros, la política, la economía, la estética y la ética.

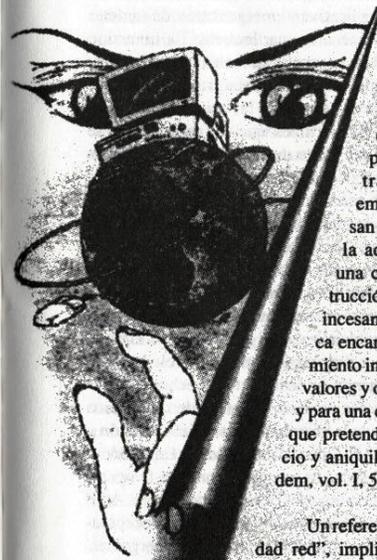
2) LA SOCIEDAD RED Y LA SOCIEDAD GLOBAL

Consideramos que ambas categorías intentan construir el objeto que pretenden comprender. Se trata entonces de categorías-proceso que si bien emergen de los cambios societales y expresan esos cambios son, al mismo tiempo, predicciones de lo que ha de venir. En el caso de la categoría de "sociedad red", articulada plenamente por

Castells, se deriva claramente de la asunción de que estamos ante un viraje histórico donde las nuevas tecnologías de la información determinan los macroprocesos sociales. La interrelación de una tecno-estructura, un sistema de relaciones de poder y una cultura, donde el eje central son las "redes", nos sitúa ahora ante la posibilidad de un "nuevo modo de desarrollo", el informacional, que deconstruye el referente inmediato, la sociedad industrial, que no se constituyó a partir de "redes" sino de fragmentos mecánicos. Asimismo se deconstruyen los microrreferentes o ámbitos específicos que constituían la sociedad industrial. Así, los ámbitos públicos y privados, menos inclusivos, localizados, donde se realiza la vida cotidiana, o el denominado "mundo vital" (Llanos, 1987, 75) se ven también violentamente redefinidos. "La revolución de las tecnologías de la información —escribe Castells— y la reestructuración del capitalismo han inducido una nueva forma de sociedad, la sociedad red, que se caracteriza por la globalización de las actividades económicas decisivas desde el punto de vista estratégico, por su forma de organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por la cultura de la virtualidad real construida mediante un sistema de medios de comunicación omnipresentes, interconectados y diversificados, y por la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de los espacios de flujos y del tiempo atemporal como expresiones de las actividades dominantes" (Castells, vol. II, 23). A partir de la constatación de la existencia de un movimiento interno de interconexión de procesos, propios de una sociedad altamente tecnificada, se propone su nuevo fundamento: la "red" o las "redes", cuya emergencia es impensable sin las nuevas tecnologías de la información. Tenemos así una nueva tecno-estructura que enmarca cambios profundos en otros microrreferentes, en otros ámbitos como la política, la cultura, la ética, la estética, el arte, etc. La nueva sociedad, que se desea captar y crear con la categoría de "sociedad red" es abierta y autorregulada.

A diferencia de otros modos históricos de sociedad el presente puede innovarse sin "amenazar su equilibrio".

"Las redes —continúa Castells— son estructuras abiertas, capaces de expandirse sin límites, integrando nuevos nodos mientras puedan comunicarse entre sí, es decir, siempre que compartan los mismos códigos de comunicación (por ejemplo, valores o metas de actuación). Una estructura social que se base en las redes es un sistema muy dinámico y abierto, susceptible de innovarse sin amenazar su equilibrio. Las redes son los instrumentos



apropiados para una economía capitalista basada en la innovación, la globalización y la concentración descentralizada; para el trabajo los trabajadores y las empresas que se basan en la flexibilidad y la adaptabilidad; para una cultura de deconstrucción y reconstrucción incesante; para una política encaminada al procesamiento inmediato de nuevos valores y opiniones públicas; y para una organización social que pretende superar el espacio y aniquilar el tiempo" (ibidem, vol. I, 507).

Un referente como la "sociedad red", implica, desde nuestra perspectiva, el reordenamiento de un sistema conceptual que pretende ahora introducir nuevas dimensiones de lo real a partir de la emergencia tecnológica y de su conectividad con lo global. Así, detrás de la idea de la "sociedad red" encontramos una sucesiva acumulación de cambios en la sociedad industrial cuya expansión condujo de la mundialización-internacionalización hasta la globalización. A partir de un cierto momento los

momentos particulares, nacionales, se empiezan a interconectar hasta constituir esa red global que hoy por hoy determina y define a lo particular. Cabe señalar que lo importante aquí es el proceso de inversión. Durante mucho tiempo las categorías locales, específicas, que remarcaban la diferencia, se asumieron como válidas: la idea de nacionalidad, de estado-nación, de soberanía, de fronteras, de cultura nacional, de pueblos, etc. Desde estas categorías se pensó lo internacional, lo mundial. De un tiempo para acá, sin embargo, estos referentes empiezan a perder vigencia explicativa y emergen otros, de carácter general, que desplazan a los particulares. La inversión consiste en que estas categorías globales (sociedad global, sociedad red, globalización, globalismo, etc.) aparecen como incluyentes—dentro de la sociedad red estaría la nación— pero lo cierto es que, en buena ley, se constituyen con el propósito de excluir a los momentos particulares. De hecho la idea de sociedad red, que implica otros referentes como son un espacio de flujos y un tiempo atemporal, lo que hace es “desterritorializar” las localidades teóricas, los conceptos y categorías arraigadas. “Se disuelven—anota Ianni—el tiempo y el espacio, las formas de sociabilidad y las culturas, lo real y lo imaginario. También en este sentido la globalización produce la “desterritorialización” (...) “desterritorializar significa disolver o desplazar el tiempo y el espacio” (Ianni, 64-65). Estamos entonces ante el hecho de que la categoría misma crea lo que pretende describir, una sociedad fundamentada en tecnologías de información y en flujos desterritorializados de información. En el fondo, el intento de aprehender lo complejo conlleva la operación de redefinir las categorías de tiempo y espacio. Aquí debemos tener presente que los nuevos mapas conceptuales se instalan, efectivamente, en territorios emergentes, distintos a lo conocido, pero asimismo, que las mismas categorías, hacen lo suyo por crear estos nuevos territorios.

La categoría de “sociedad global” empleada por Octavio Ianni, al igual que Castells, pretende ser omni-compreensiva. Pero en el caso de Ianni, a diferencia de Castells, no enfatiza tanto en las nuevas tecnologías de la información como en los procesos de reproducción

ampliada del capital. El nuevo momento es expresión de un movimiento secular que viene desde el siglo XVI. Tenemos así otras categorías que preceden a la nueva: mercado mundial, economía-mundo, capitalismo multinacional, imperialismo, etc. (Braudel, Wallerstein, Mandel, Lenin). La sociedad global ha de entenderse como la cristalización de un largo proceso de articulación y centralización de la economía, la sociedad y la cultura, pero al mismo tiempo como resultado de la diferenciación creciente. La categoría de “sociedad global”, sin embargo, también en Ianni implica una ruptura conceptual. De lo nacional, internacional, mundial se llega a lo global, que no son la misma cosa. Lo global implica, a diferencia de lo nacional, internacional y mundial, la “desterritorialización” que es la característica central de la nueva situación. “La globalización —afirma Ianni— tiende a desarraigar a las personas, las cosas y las ideas. Sin perjudicar sus orígenes, marcas de nacimiento o determinaciones primordiales, algo se les desprende o resulta indiferente. Todo tiende a desarraigarse: la mercancía, el mercado, la moneda, el capital, la empresa, la tecnología, la agencia, el know-how, el proyecto, la publicidad, la tecnología. A pesar de las marcas originales, de la ilusión de su origen, todo tiende a desplazarse más allá de las fronteras, de las lenguas nacionales, de los himnos, las banderas, tradiciones, héroes, santos, monumentos, ruinas. Poco a poco predomina el espacio global en un tiempo principalmente presente” (Ianni, 60-61). Con la categoría de “sociedad global” entramos al ámbito de lo volátil, de la “desterritorialización”. “Así se desarrolla el nuevo y sorprendente proceso de “desterritorialización”, una característica esencial de la sociedad global en formación. Se forman estructuras de poder económico, político, social y cultural interconectados, mundiales y globales descentralizadas, sin ninguna localización específica en este o aquel lugar, región o nación. Se hacen presentes en muchos lugares, naciones, continentes, pareciendo flotar sobre estados y fronteras, monedas y lenguas, grupos y clases, movimientos sociales y partidos políticos” (ibídem, 61). Si antes podíamos hablar de un mercado nacional, de una cultura nacional, de una sociedad de las naciones, ahora, con la constitución del “espacio de los

flujos”, y con la “desterritorialización”, se impone, como consecuencia lógica, la idea de “sociedad global” o “sociedad red”, que designa la abolición del momento nacional y la determinación local. Asimismo una nueva temporalidad: no la historia nacional, de acontecimientos particulares, nacionales o sucesiva, sino la historia global, o la cultura global que adviene como la “simultaneidad de lo no simultáneo”, o el “eterno presente”, un tiempo global que hace converger lo no contemporáneo.

Así pues, tanto la categoría de “sociedad red” como la de “sociedad global”, implican, según nuestro planteamiento, una clara inversión de las formas de comprender lo social. Conceptos tales como “mercado mundial”, o “capitalismo”, asumían, paradójicamente, lo nacional. Se mantenían en su horizonte de análisis. Pero no así con las nuevas categorías. Estas asumen que ya no es posible pensar lo local, que lo local se ha “desterritorializado”. Una situación así nos lleva a revisar profundamente, como lo sugiere Castells, conceptos locales como “identidad nacional” o “identidad cultural”, lo mismo que “movimiento social” o “movimientos nacionales”. A partir de la instalación de la categoría genérica, las otras se constituyen dentro y no fuera de su horizonte. Aceptado, por ejemplo, que efectivamente, hay un “espacio de los flujos” y un “tiempo atemporal”, es indudable que no es posible pensar los procesos de construcción de identidades en un marco de referencia local, inmediato. Se impone la necesidad de instalar el proceso en un macroproceso donde la persona, el ser humano, se diluye en una especie de “parpadeo” de flujos, desarraigado del espacio local y del tiempo secuencial. La consecuencia es, por supuesto, la incertidumbre, la nueva angustia por lo que se desvanece, por el desarraigo incesante. Como dice Ianni: “Al contrario de lo que ocurre en la sociedad nacional, en la sociedad global la “desterritorialización” es un proceso cada vez más intenso y generalizado. Hay cosas, personas e ideas que salen de su territorio todo el tiempo. Las relaciones, procesos y estructuras de dominación y apropiación, antagonismo e integración parecen desarraigarse. Hay hechos sociales, económicos, políticos y culturales que ocurren cerca y lejos, quién sabe dónde. Estos

hechos se manifiestan en diferentes lugares, situaciones, significados, de tal forma que dan la impresión de vagar por distintas regiones, naciones y continentes” (Ianni, 65). Esa sensación de que algo nos sobrevuela, de que hay un macrorreferente que nos contiene, que no es local sino global, que no tiene como propósito consolidar el momento nacional sino más bien desarraigarlo, se agudiza con la generalización del uso de las nuevas tecnologías de la información. Estas tecnologías son, a nuestro juicio, condición necesaria para la constitución de la categoría de “sociedad red”. De igual manera el proceso de “globalización” es consubstancial a la categoría de “sociedad global”. El uso de estas nuevas categorías implica necesariamente un profundo reacomodamiento cognitivo. Implica una nueva jerarquización de saberes y perspectivas, así como el desplazamiento de nociones otrora muy seguras en las ciencias sociales y en los lenguajes cotidianos.

3) LA CULTURA RED Y LA POSMODERNIDAD

Sin lugar a dudas la inversión señalada tiene mucho que ver con la emergencia de la noción de posmodernidad y el pensamiento posmoderno. Para nosotros el pensamiento posmoderno significa dos cosas: por un lado una reacción ante la pérdida de los grandes relatos, de las grandes teorías fundadas en lo nacional. De ahí su defensa de lo local, del fragmento. Por otro, la certeza de que ya no puede haber más historia que la global, es decir, asumir la inexorabilidad de los cambios. Es por tanto un pensamiento ambiguo en tanto pensamiento de “la incertidumbre y la ambigüedad”. Al imponerse lo global como referente quedaban dos caminos: rechazarlo o asumirlo. El pensamiento posmoderno, paradójicamente, rechaza tanto lo global como lo asume. Su canto al fragmento, a lo local es su defensa de lo nacional, solo que ubicado ahora en lo local, en lo fragmentario. A su vez celebra el advenimiento del “espacio de los flujos” y el “tiempo atemporal”. Desde esta perspectiva el pensamiento posmoderno, como su ética y estética, se funda en lo volátil, en lo transitorio, en la “desterritorialización” de la historia. El posmodernismo puede asumirse entonces como la

expresión cultural de la "sociedad red" y de la "sociedad global", siempre y cuando aceptemos que no es un pensamiento unívoco, sino múltiple y contradictorio. Así, el posmodernismo político deja de pensar lo global para instalarse en lo local, en lo comunal, inmediato, como una forma de resistencia al "espacio de los flujos", pero el posmodernismo estético aclama el nuevo "cosmopolitismo" y la nueva cultura del pastiche. Sin duda alguna, aunque Castells no lo plantea directamente, los nuevos valores culturales de la posmodernidad expresan claramente su modelo de sociedad, la "sociedad red", dentro del cual los movimientos sociales no tienen ya como propósito, como lo teoriza el pensamiento posmoderno, la toma del poder global, sino la resistencia en la localidad, en el fragmento, lo cual no quiere decir que no se emplee la tecnología global para conectarse a la red de los nuevos movimientos sociales. Asimismo el pensamiento posmoderno desplaza la política hacia la cultura, "lo cultural" se convierte así en eje de las transformaciones. De esta manera la cultura posmoderna, instalada ella misma en el "espacio de los flujos" y en el "tiempo atemporal" se corresponde plenamente con el nuevo horizonte epistemológico. La "simultaneidad de lo no simultáneo", que es un componente importante de la reflexión posmoderna y la "hibridez cultural" se relacionan directamente con la tesis de la "compresión del tiempo" o la idea del "tiempo cíclico", "reversible", de Castells. Se trata ahora de un espacio global en un tiempo presente, simultáneo. Una especie de eterno presente donde no existe ya, por mediación de lo virtual, la sucesión. En fin, la sociedad red asume como crea los nuevos escenarios. Uno de estos escenarios es la sociedad posmoderna que se instala sin mayores problemas en la metacategoría de "sociedad red".

4) CONCLUSIÓN

He tratado de problematizar una particular lectura y por tanto insuficiente, de dos planteamientos más o menos exhaustivos y polifónicos. Me he centrado, sin embargo, en la relación territorio-mapa, con el propósito de afirmar la idea de que las categorías de "sociedad red" y "sociedad global", ambas a su manera, al tiempo que

intentan describir un nuevo territorio, lo crean ellas mismas, al articular otras categorías menos inclusivas con procesos y tendencias de la sociedad real. Por otra parte que ambas categorías, implícitamente, han aceptado el desplazamiento inexorable de otro sistema conceptual que privilegiaba lo "nacional" y "estatal". En este modelo cabía pensar la cultura nacional como particularidad. En la nueva situación es imposible aferrarse a conceptos y categorías de esta naturaleza. Importa más bien ahora pensar "lo local" a partir de lo "global". La "cultura global" es la cultura de los flujos, no ya más de los territorios, de los lugares.

5) BIBLIOGRAFÍA

- Castells, Manuel (1998): *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial. Vol. I: La sociedad red; vol. II: El poder de la identidad; vol. III: Fin de Milenio.
- Ianni, Octavio (1998): *La sociedad global*, México, D.F., Siglo XXI, Editores.
- Sartori, Giovanni (1998): *Homo videns: la sociedad teledirigida*, Madrid, Santillana S.A., Taurus.
- Lewis, C.S. (1980): *La imagen del mundo*, Barcelona, Bosch, Casa Editorial.
- Beck, Ulrich (1998): *¿Qué es la globalización: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Editorial Paidós.
- Paz, Octavio (1981): *Los hijos del limo: del romanticismo a la vanguardia*, Barcelona, Seix Barral.
- Martín, Han-Peter; Harold Shumann (1999): *La trampa de la globalización: el ataque contra la democracia y el bienestar*, México, D.F., Taurus.
- Vilar, Sergio (1997): *La nueva racionalidad: comprender la complejidad con métodos transdisciplinarios*, Barcelona, Editorial Kairós, S.A.
- Llano, Alejandro (1988): *La nueva sensibilidad*, Madrid, Espasa Calpe S.A.
- Giddens, Anthony (1995): *Modernidad e identidad del yo (el yo y la sociedad en la época contemporánea)*, Barcelona, Península.
- Lyon, David (1997): *Posmodernidad*, Madrid, Alianza Editorial.
- Jameson, Fredric (1995): *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.